

to que cuenta con unos medios específicos y se dirige a espectadores integrados en la colectividad llamada «público» en orden al debate sobre la «razón» de ese desenlace.

En los Estados Unidos se hicieron muchos «newspapers» en épocas de violencia y democracia. Losey, el famoso director de cine, ahora en Inglaterra, antes director teatral en USA, ha recordado en una entrevista aquellos tiempos de la escena norteamericana. Luego, las cosas cambiaron. Los grandes compromisos económico-políticos de los Estados Unidos, su participación en la mayor parte de las guerras del mundo, fueron limitando esta disposición nacional para el «newspaper». Aunque, dentro del conflicto estructural del país —y me remito al apasionado libro de Juan Bosch, «El pentagonismo»—, no haya faltado nunca la propuesta, desde medios universitarios o desde la mentalidad «off Broadway», de algún espectáculo concebido a partir de la vieja estructura piscatoriana.

Me pregunto si no será ésta una época especialmente idónea para que la historia norteamericana suba a los escenarios a través de las últimas formas del «newspaper». El Cine Di-

recto si ha propuesto extraordinarios reportajes dialécticos sobre temas como el del célebre Comité de Actividades Antiamericanas que dirigió el otro Mac Carthy. Pero, ante la reiteración de la alta violencia política, ante las muertes de John Kennedy, de Malcolm X, de Lutero King, de Robert Kennedy, entre otros líderes menores, de los disturbios y la segregación racial, de las marchas de los negros y de los pobres, de las espectaculares subidas y caídas políticas, de la impotencia del juego electoral para determinar un programa de gobierno, etcétera, etcétera, no deja uno de pensar si no estamos ante un material cuya ordenación e interpretación se presta magníficamente al «newspaper» escénico y abierto ante el gran público.

En todo el mundo existe un creciente desarrollo e interés por este teatro que habla de la historia inmediata. Weiss, Hochutt, Brook son tres ejemplos europeos concretos e importantes. Pero yo pienso si no es la vida norteamericana, su tensión, sus opciones, las que, en pura coherencia democrática, deberían estar levantando un nuevo género teatral que llevara a las nuevas fronteras de la incertidumbre las viejas y honestas exigencias de Piscator. ■ J. M.

## EUGENIO NOEL

### Un «regeneracionista» que predicó en el desierto

El escritor «de los tristes destinos», parodiando la célebre calificación, podría haber sido —creemos que, de hecho lo ha sido— Eugenio Noel. Más de una vez hemos escrito aquí su nombre. Este epigono del noventa y ocho, de fama injustamente oscurecida, bien mereció una consideración más alta que la recibida de sus contemporáneos. Injusto también el silencio en que lo arrumbaron las generaciones posteriores.

Gran figura española, con sus cien contradicciones, con sus mil infortunios y desventuras, la de este «regeneracionista» tardío, bravo, fecundo, siempre audaz, surcando a la deriva todos los caminos hispánicos, desde la árida meseta castellana hasta el frondoso paisaje americano. Su «vivir desviándose», como campeón de cruzadas imposibles, quijote sin locura y sin novelista, se fue convirtiendo en



literatura desgarrada en este «Diario Intimo» —la novela de la vida de un hombre— que ahora nos ofrece Tau-



### Homenaje a Joan Fuster

En Valencia, su tierra, le fue ofrecido un homenaje al ensayista y escritor Joan Fuster. El acto se hizo coincidir con la aparición del primer volumen de sus obras completas y a él asistieron representaciones de Alicante, Barcelona y Castellón. Al homenaje —que tuvo como marco formal el Ateneo Mercantil valenciano— se adhirieron con su firma dos mil intelectuales y artistas de toda España. En la foto, Joan Fuster —gafas oscuras— preside el acto junto al presidente del Ateneo, señor Maldonado.

rus Ediciones. Durante toda su existencia de escritor, Noel fue un personaje polémico, a la vez que —por contraste con la realidad española del tiempo— pintoresco e incluso absurdo. ¿Qué podían pensar los hombres de los años diez y veinte, de esta figura de mirada y gesto románticos, con vocación redentora al imposible nivel de la antitauromaquia y el antiflamenquismo? ¿Qué decir, entonces, de aquel andariego siempre al borde de la ruina, malpagado y a veces perseguido, predicador de una transformación a fondo en el plano de las más arraigadas costumbres nacionales? Extremista siempre en la defensa de sus tesis —y, por tanto, desmedido en ocasiones— su palabra constituía un revulsivo, sin que las reacciones nacidas de

ella fueran siempre positivas. El «Diario» refleja su tragedia personal, la frustración de sus ambiciones, y al mismo tiempo la justeza, la alta finalidad de sus fogosas campañas contra la España «de charanga y pandereta, cerrado y sacristía», como la definiría el más grande poeta de la generación de Eugenio Noel.

Triste destino el de este rebelde que nunca vio cumplidas sus esperanzas. Uno comprende muy bien, al leer hoy, al cabo de cuarenta años, estos escritos, su tremenda amargura: es la amargura de la impotencia de cuantos aspiran a transformar una realidad irracional, injusta, «zaragatera y triste», empobrecida y retrasada. Lo mejor de Eugenio Noel, su fuerza para la crítica, su espíritu profundamente renovador, aún siguen vivos. ■ E. G. R.

DIFERENTE  
ES  
ESPAÑA

